

LUIS ALBERTO DE HERRERA



30.617

LA ENCUESTA RURAL

e 7791

Estudio sobre la condición económica y moral de las clases trabajadoras de la campaña, aprobado por unanimidad por el Congreso de la Federación Rural, reunido en Tacuarembó el 21 de Marzo de 1920.



33048

MONTEVIDEO

30.617

AHD 93.54. HY

TÉRMINOS DE LA ENCUESTA

Federación Rural. — Montevideo, 19 de diciembre de 1919. — Señor.....
Estimado consocio:

En la última sesión celebrada por el consejo de la Federación Rural, el doctor Luis Alberto de Herrera propuso que se abriera una amplia encuesta entre los miembros de la institución, respecto a la condición de los peones de estancia, salarios que reciben, manera de vivir, etc., a fin de estudiar a fondo el tema y estar en aptitud de oponer una palabra de verdad y de sinceridad, perfectamente fundada, a la gratuita propaganda de agravio que ahora se renueva contra los propietarios rurales.

Agregó el mocionante, que había conveniencia en tratar este asunto en el próximo Congreso, que se efectuará en marzo entrante, acreditando así la diligencia con que la Federación aborda todas las cuestiones relacionadas con la vida agraria y con la suerte de los trabajadores del campo, sea la que fuere su condición social.

El consejo acogió con unánime simpa-

tía la moción de la referencia y acordó pasar a las Sociedades Rurales afiliadas y a todos sus asociados el cuestionario que va al pie, encareciendo la necesidad de una pronta respuesta. — Saludo al distinguido compañero con mi particular estima. — *Alejandro Victorica*, Presidente; *Juan José de Arteaga*, *Miguel Carriquiry*, secretarios.

CUESTIONARIO

1. ¿Cuántos empleados tiene usted? ¿Cuánto le paga a cada uno?
2. ¿Cuánto representa el gasto mensual de alimentación por cada hombre?
3. ¿En qué proporción juzga usted que se ha encarecido la vida en campaña? Precio, ahora y antes, del azúcar, carne, arroz, galleta, yerba, etc.
4. ¿Han subido los salarios del peón a sueldo y del peón por día en los últimos diez años?
5. ¿Cuánto puede ganar un esquilador en cada zafra? ¿Ha subido el salario de los esquiladores?
6. ¿Cree usted que la condición del peón de estancia es superior a la del obrero en la capital? ¿Puede ahorrar más? ¿Vive o no vive mejor? ¿Es más feliz?
7. ¿Cree usted que los salarios actuales son bajos?
8. ¿Qué idea, qué observación práctica se le ocurre a usted para mejorar la suerte de las clases pobres en campaña?

9. ¿Cuántos analfabetos hay en el personal a su servicio?

10. ¿Concede usted alguna habilitación o estímulo, de cualquier clase que sea, a sus empleados?

Un miembro de este consejo, don Alejandro Victorica, ha presentado a la consideración, de sus colegas el siguiente proyecto:

“Como medio de vincular a los estancieros con sus capataces, puesteros, cañeros y peones, obtener libretas especiales del Baneo Hipotecario, que la Federación Rural distribuiría entre los primeros, bajo las condiciones siguientes: “1.º Se establecería la edad, nacionalidad, sueldo y puesto que desempeña el dueño de la libreta y la obligación de dejar al año, un mes de salario, para que el hacendado lo deposite por intermedio de la Federación Rural, a favor del empleado en la Caja de Ahorros. “2.º Al finalizar el año, el patrón estaría obligado a depositar, también a favor de su empleado, otro mes, como compensación y como suplemento por sus trabajos.”

Si este sistema se generalizara, sería beneficioso para todos, pues cada trabajador tendría un medio rápido y eficaz de informar sobre sus condiciones personales. A la vez, se inculcaría a los trabajadores del campo hábitos de ahorro y arraigo.

¿Qué opina usted de este proyecto? ¿Se le ocurre otro mejor?

INFORME

Señores congresales:

De un tiempo a esta parte y en cierto ambiente ha cobrado vuelo una propaganda adversa a los hombres de labor, sean propietarios o arrendatarios, que dedican al campo sus afanes.

La Federación Rural no ha podido guardar silencio frente a esa divulgación, cuyo carácter sistemático es notorio y cuyos móviles, por lo demás, no interesa averiguar. A tal fin responde la presente encuesta y por eso, obrando con la ancha buena fe que es nuestra bandera, os hemos solicitado "una palabra de verdad y de sinceridad para oponerla al gratuito agravio".

Mucho se habla sobre asuntos rurales, mucho sobre jornaleros y patrones; constante es el error, sincero o no, en que se incurre al abordar tema tan complejo. Y bien: para terciar en el debate, lo más cuerdo, breve y eficaz consiste en llamar a la puerta de quienes a fondo conocen la vida campera y poseen, a la vez, la necesaria preparación y experiencia para opinar, con provecho, sobre sus problemas.

Aquí está explicado el por qué de nuestra investigación; aquí está ella, su eficiente testimonio, a la disposición de cualquier ciudadano que desee estudiarlo. Creemos, pues, haber aportado elementos de sólido interés cuyo extracto, gracias a la deferencia de "Diario del Plata" y "La Mañana" nos ha sido posible difundir en letras de molde y está ya en vuestras manos.

Nunca ha pensado la Federación ensayar la defensa parcial y tendenciosa de los compatriotas, que invierten desvelos y capital en la ganadería y agricultura. Buenamente, honestamente, se ha limitado a interrogar y oír a los dirigentes del trabajo nacional en sus mayores renglones y a ofrecer, con ufania, su palabra al juicio público. Con ufania, sí, porque de los centenares de respuestas acumuladas, en las que no hay nada que ocultar—y desde ya a la disposición de todo el mundo, repito,—brotó una veracidad, una alta y noble voluntad progresista, un espontáneo espíritu de justicia social que hace honor a quienes lo sustentan y al país que lo determina.

Escúchese bien: ni uno solo de losponentes rechaza la iniciativa de nuestro benemérito presidente don Alejandro Victorica, en sentido de recompensar con un mes de sueldo, a fin de año, a sus empleados. Más o menos viable encontraron ellos el referido proyecto, echado, dígame de paso, como señuelo, para abrir discusión sobre la materia; pero ninguno desconoce la ventaja y la necesidad de fomentar el aho-

rro entre sus subalternos y de servirlo con el propio acto generoso.

Preguntaríamos cuál es el gremio que se ofrece a concurrir con tan positivo y sueldo óbolo a afianzar el futuro de su personal.

Vale por un plebiscito el pronunciamiento de opinión que hemos provocado y sólo quienes son incapaces de comprender la belleza de las pasiones superiores, pueden sospechar de interesada y mezquina esta voz sonora y pura que recoge sus notas en todos los extremos de la nación y en el seno de todos los bandos políticos y sociales.

Esta fecunda consulta constituye un exponente, bien expresivo, de la cultura nacional y exhibe a nuestros hacendados tales como ellos son: tan valerosos en las lides del trabajo como ecuanímenes en el sentimiento y en el jugoso razonar.

Más que ante un éxito de la Federación, estamos en presencia de una victoria del país en marcha: de su buen sentido. Y, previa la expresión de nuestra gratitud a todos nuestros amigos de la república, entremos en materia.

Complejidad de los problemas camperos

¿A qué se refiere, qué se quiere decir cuando se habla de la suerte moral y material de la gente de campo?

Porque, bajo la apariencia simple de la anterior denominación se cobijan cuestiones de la más diversa naturaleza que exi-

gen, por tanto, muy distinto tratamiento social.

¿Se alude, por ventura, a los peones de estancia? Pues su condición especial, como agregados a la gran propiedad, incorporados, por decirlo así, a un núcleo independiente, a una familia, presta caracteres propios a su caso.

¿Se habla de los rancheros? Nadie dudará de que ellos califican un mal típico, sin parecido con otros.

¿Quiere referirse al analfabetismo, a la tuberculosis, a la sífilis, al juego, a la prostitución, a la infancia desvalida, al "vago", a las autoridades culpables, a los elementos sin arraigo conocido a la ausencia de industrias, a la incapacidad para el esfuerzo tenaz, a la pereza, a la tiniebla moral, al relativo desconcierto de la raza en formación?

Basta enunciarlo para que este índice doloroso se desdoble en cien cuestiones, al punto de llenar, él solo, el mayor espacio de nuestro problema civilizado.

Creemos útil destacar la complejidad del asunto, en virtud de ser corriente la confusión y de echarse, a menudo, sobre el propietario rural la responsabilidad de ineurias y aberraciones vecinales, ajenas en absoluto a su resorte y contra las cuales — justo es reconocerlo — solo la distancia suele ser eficiente preservativo.

Mucha precipitación, por no decir incompetencia, se pone en el comentario común de nuestras cosas camperas, vistas desde lejos, mal apreciadas y sometidas, de

continuo, a un paralelo impropio y cruel en la ciudad y sus exigencias.

Cuando se escuchan ciertas apreciaciones sobre la campaña y sus hijos: cuando se advierte la porfiada repetición del mismo concepto áspero y se comprueba que a su respecto más rápido sube al labio el vituperio que el elogio de su gran valor, se siente, mezclados, indignación y asombro. Indignación, ante la enormidad de los cargos infundados; asombro, ante el craso desconocimiento que esos dichos acusan del trabajo nacional y sus características.

Molesta que el europeo, que siempre nos ignoró, separado por miles de leguas, océano por medio, piense en forma deprimente sobre nosotros; sin embargo, nosotros mismos, apenas alejados cincuenta, diez, cinco leguas de nuestros hermanos rurales, obligados, por todas las razones, a conocer el país y sus modalidades, sus virtudes y sus defectos, su estado social, renovamos a cada instante en las conversaciones, amplificándolo, el enorme error de perspectiva y de crítica que tanto duele en el extraño.

Y la sorprendente ignorancia de los hombres de la capital sobre el campo y sus fuerzas vivas, empuja continuamente al absurdo. Así se igualan situaciones, se comparan ambientes, se identifican las fórmulas y se trasladan a la campaña, abierta y alegre, rica y holgada, las complicaciones enfermizas de la ciudad, sus angustias, sus impaciencias y sus áridos apremios, fruto precisamente del conglomerado, de la condensación de almas y de intereses.

Sin embargo, señores, donde quiera que se vuelva la mirada, surge esencial la diferencia. En el poblado basta con abrir la escuela; la clientela infantil acude sola, sumada y recogida en radio de pocas cuerdas. En campaña, lo de menos es habilitar la colmena, la casa del maestro: lo difícil allegarle medio centenar, siempre intangible, de niños, en vano rastrillados entre el disperso y modestísimo vecindario. Aquí, el escolar necesita caballo. galopar muchos kilómetros, correr los mil riesgos de desamparo. ¿Cómo someter a todas estas andanzas a una criatura, sobre todo si es mujercita? ¿Y si la tormenta la sorprende al regreso? ¿Y si el petizo rueda? ¿Y el arroyo crecido?...

Existe en el paso de Tres Arboles un excelente edificio para escuela, regulado por los vecinos, en la actualidad abandonado, sin puertas ni ventanas. Largamente se me ha explicado por qué no se utiliza. En el paso de Averías recuerdo haber visto una vez a pequeños escolares, sorprendidos de vuelta al hogar por el temporal; lejos de sus padres y confiados a su propia y frágil guarda.

La misma diversidad de reflexiones arranca el tema de las viviendas. El conventillo es una cosa; el rancho es otra. La estrechez es inevitable en el uno; consecuencia de la desidia en el otro. Aquí, falta el aire que allá sobra, si se quiere.

En cuanto a la habitación de los peones, la Federación ha incitado, e incita a mejorarla y se dispone a premiar, en este mismo acto, a los ganadores en el concurso

de arquitectos que al efecto provocó; pero, ¿acaso no es cien veces más precario el techo del obrero en la capital, huésped de un pésimo cuarto y con el único desahogo de un patio, común a docenas de familias, obligadas a convivir en las más perniciosas promiscuidades?

La natalidad ilegítima, las uniones ilegales, las inscripciones en el Registro Civil, impuestas por la ley, deben considerarse, de otro modo que el normal de los centros urbanos, en el fondo de las comarcas solitarias, donde parecen los convencionalismos sociales y se afloja, sin advertirlo, el contralor de las buenas costumbres.

Ese mismo aislamiento fortifica al individuo, adoba su personalidad física y moral, le hace resistente para el cansancio y sufrido para la amargura; pero ese temple lo da la constante y ruda lucha con las imperfecciones orgánicas del medio. Así ocurre en todos los aspectos de la existencia rural, háblese de garantías, refinamientos, necesidades o tristezas.

La instrucción de la prole, el porvenir de los hijos, la solidaridad humana, el deber, la asistencia médica, el trabajo, los servicios, técnicos o artesanos, el espíritu de caridad, la ayuda al prójimo, las relaciones de clase, el civismo, el concepto de la autoridad en el hogar y en el camino, todas estas facetas de la conducta se muestran bajo luz propia, singularísima, en el campo.

Tiempo atrás, visité en su casa, distante diez leguas de estación, a un hacendado enfermo; aunque llamado el médico hacía

más de una semana, no comparecía, solicitado también con apuro de lejanos parajes. Parecerá inexplicable, y, sin embargo, así es.

Imagínese, por lo demás, hasta donde no sería de precaria la condición de los desventurados, allá, si no mediara el inagotable sentimiento piadoso de la mujer oriental, de la esposa del estanciero o comerciante, siempre pronta a enjugar la aflicción del desvalido. Especial cuidado se pone en no recordarlo, en no saberlo, cuando se azuza al empleado contra el patrón, tantas veces su consejero y buen amigo, desarrollando en su pecho un gratuito encono que nunca padeció antes de que llegaran los reformadores...

Concretando cada vez más el tema, análogos comentarios merece el trabajo en campaña; identificar la situación del obrero de la ciudad con la del peón es lo mismo que comparar, porque se suman, cosas de distinta especie. La jornada diaria de aquí presenta fisonomía completamente diversa allá. En este plano, la especialidad de la labor tiene otras exigencias y alivia, a la vez, el carácter de las obligaciones. Constante el esfuerzo gimnástico, con deleite se va y se viene alegremente; el caballo estimula a la andanza y aviva, posiblemente con exceso, la independencia personal, que linda, en ciertos casos, con el abuso de la libertad. Gente hay que se lo pasa de establecimiento en establecimiento, cambiando de conchavo, porque sí. ¿Cómo edificar, sin reposo, el propio bien?

La tarea rural es esencialmente holgada y cordial. Con acierto, observa, en su respuesta don Camilo Rodríguez Sosa: "Nunca he visto un paisano triste".

Cuando llueve, se descansa, sin que el salario sufra descuento; si el peón cae enfermo, con cariño se le cuida y suyos son todos los recursos del botiquín casero; la suerte de sus hijos interesa, se les educa y emplea, si sus padres arraigan; cuando necesita una lechera, un flete, un favor, nunca se le niega.

En el afán de revolucionar espíritus, se promete, ahora, llevar a la campaña el descanso dominical, justísima conquista, todavía no adquirida en la capital; pero, al alegar por la simpática enmienda, no se notifican los censores de que el reposo en el séptimo día es sacramental en el campo, donde, desde el sábado por la tarde, quedan los peones dueños de su voluntad.

Llégrese cualquier domingo a cualquier estancia, y sólo se encontrará un hombre de guardia; si los demás están, es porque no lo han querido o porque no tienen donde ir, repugnados, también, de jugadas y pulperías.

Hemos creído útil abundar en las apreciaciones antecedentes, subrayando diferencias fundamentales de circunstancias y de ambiente, a menudo desconocidas por los flamantes reformadores agrarios, tan embebidos en su cometido providencial que no vacilarían en partir en rajadas, como quien corta un queso, la propiedad privada. ¡Claro que sin fines electorales y

solamente por devotísimo amor a los humildes!

La estancia y el rancharío

Cuando se plantea el problema social en campaña, suele involucrarse a los peones de estancia, en el juicio doloroso que provoca la condición precaria de sus llamadas clases pobres, que también podrían decirse sedentarias.

Existe positivo interés en fijar bien estos puntos de partida. El caso material y moral de los ranchos, brotados cerca de las estaciones, a su calor, al margen de los establecimientos, guarida de vicios y miserias tantas, no puede hermanarse con el caso muy distinto que determina el peón y su familia, incorporados a la actividad de las estancias. Lo verídico sería afirmar que el peón es la víctima del rancharío, donde la tuberculosis está en caldo, echa sus redes la prostitución libre y pululan todos los gérmenes de descomposición humana.

Esos núcleos raquíticos, de nacimiento vergonzante, gráficamente denominados pueblos de ratas, señalan una subversión que reclama examen serio y urgente correctivo. Se definen como cabezas de tumor y su clínica nada tiene que ver con los patrones de estancia y sus obreros.

El rancharío constituye una calamidad pública; madriguera de malevos y rateros; foco de enfermedades de todo género; sin higiene, sin escuelas, sin conducta. Vive de noche, de día, duerme; perpetua celada

tendida al bien ajeno, sean majadas o la salud.

Ahí radica el cáncer rural; de ahí sale la juventud degenerada y con horror al trabajo honesto; ahí hierve la polilla.

A su frente, enérgico contraveneno, fílzase la estancia. En el orden físico, ella destaca como un oasis a la vista del cansado caminante; la mancha de su caserío, de su arbolado, infunde dichosa expresión a la acuarela de nuestras hondonadas. En el orden moral, allí radica, crece y se desenvuelve la mejor célula de nuestra raza en ascenso. En el orden patriótico, a su sombra empezó a latir el ensueño republicano; ella asistió al difícil parto de nuestro ser: hizo y vio hacer historia.

En resumen, la estancia fué, desde los orígenes, y continúa siéndolo, escudo de nuestra civilización. Su nombre es sinónimo de decencia, de honradez, de hospitalidad a la antigua, de decoro y de serena alegría, vale decir, de felicidad.

Estancieros fueron nuestros mayores, y tanto con sus sables como con el acero de sus virtudes, por ingenuas fragancias, ellos forjaron la nación. A brazo partido con el destino, abrieron nuestro surco y el propio, poniendo en los dos el noble riego goteado de las altivas frentes. ¡Costoso, acerbo, acrecido despacio, separando espigas, venciendo al desierto con perseverancia y con sangre!

La mayor subdivisión de la propiedad, alambrados, ferias, bretes, la esquila a máquina, el bañadero, la marcación zonza de la actualidad, con menos yerro, pero

sin yerro, han modificado hondamente el aspecto de la vieja estancia, haciendo más ceñidas sus actividades; pero ella siempre se levanta en el horizonte del país como una institución cada vez más esclarecida, con cerno de ñandubay.

Algo se habrá perdido de la antigua manera y sus hidalguías; ya no se viaja con el cinto repleto de onzas, ni se prestan miles de pesos sobre la fe de la palabra, y el compadre de pila, encantador, de antaño, ha sido muy malamente sustituido por el compadrito de pulpería; pero de cualquier modo, hoy como ayer, nuestros establecimientos, con creciente intensidad, continúan reflejando honor y cultura sobre los vecindarios de tierra adentro.

Por siempre será la estancia casa de honor, taller de hombres de bien, hogar de trabajo y de nobleza, donde la holgazanería no cabe, y donde nada malo se aprende. En ella, bajo el mismo techo de su patrón, vive el peón, formando su temperamento, educándose, a las veces, instruyéndose siempre. Si posee aptitudes, si es valiente para el esfuerzo, particularmente si luce perseverancia, lo que pocas veces ocurre, ahí labra su provecho y el de los suyos, echando anclas en la ventura. Con el correr de los años, pasa de subalterno a mayordomo, a interesado después, y, por último, a propietario.

Porque nuestro erriollo, como dice otro de nuestros informantes, don Alfredo Kuster, "es lo mejor del mundo, sacándole la bebida y el juego", y porque en campaña,

como lo subraya otro, don Siul Cabezudo, "sólo hay miseria para los haraganes".

Bienestar, fuerza y prosperidad se desprende de una estancia; esa es su atmósfera. Su ocupante de hoy es, en la generalidad de los casos, el heredero del padre fundador, el afanoso bracero, convertido por el ahorro en dueño, el extranjerero animoso que, sin abdicar su patria, adquirió entre nosotros estimación y carta de ciudadanía por la pujanza, crecientes sus propósitos y empresas.

La estancia, pues, sólo engendra orden, pura ambición y holgura. No es, por cierto, en su seno que brotan nuestras malarías sociales. Nadie pierde allí prendas de espíritu y la sonora charla del personal, salpicada de chascarrillos, cuando de regreso de recorridas y carneadas desenfrena el caballo de uso, a la vez de darle vuelta el pelo sudado con el lomo del cuehillo, retrata una de las tantas pinceladas del lindo cuadro campero. Al resoldo de sus tizonos no se destemplan los ideales, y, seguramente, ganan las conciencias.

Por todo lo expuesto, insisto en que se trabucan lamentablemente los términos cuando no se disciernen matices entre las peonadas de estancia y la población amorfa de los rancharíos, separadas aquella de ésta por diferencias fundamentales de hábitos, trabajo y honradez.

El juego

Evidentemente, algo hay que hacer, mucho hay que hacer, para mejorar la suerte de las clases humildes de campaña: pero

la misión reparadora de los particulares queda relegada a segundo plano, si se compara su radio con los deberes del Estado, que crea impuestos sobre la fortuna inmobiliaria, cada vez mayores, prometiendo beneficios de orden público, tantas veces de advenimiento problemático o moroso.

De nuestra encuesta se eleva un clamor contra el alcoholismo y el juego. Y bien: su represión directa, compulsiva, corresponde exclusivamente a la autoridad pública, encargada de velar por el respeto a la ley.

Ni por un instante queremos decir que sea legítima la indiferencia privada frente a la jornada moralizadora; simples espectadores de una saludable jornada, cuyo imperio a todos nos alcanza. Tal no es tampoco el caso. Ni la agresión del sectarismo en auge podrá insinuar que el propietario rural no se esfuerza, enérgicamente, por apartar a sus peones del vicio y de las grandes caídas.

No es por cierto en las estancias donde se corrompen los jornaleros, donde se destempla su personalidad. Por el contrario, su ambiente moral—en lucha desventajosa—los defiende de la pulpería, de la embriaguez y de la taba. Desgraciadamente, las amonestaciones y las sanas advertencias pierden su eficacia cuando la propia autoridad, como a menudo sucede, en oscura alianza con la hampa, convive con ella en el sucio rancharío, en cuya fatal enrucijada caen los paisanitos bien empilchados, y con unos pesos en el bolsillo, que salen el domingo en procura de diversión.

Todo está dicho; si la policía, por móviles siempre inconfesables—codiciosos, electorales o de simple perversión — falta a su deber primario y fomenta, en vez de reprimirla, la disolución de las costumbres, ¿qué pueden hacer los vecindarios?

El juego — no refiero al de la capital, que está en gracia — califica una verdadera plaga nacional. Si la policía cumpliera medianamente con su obligación, persiguiéndolo sin cesar, se achicaría el campo de su infección hasta quitarle los caracteres endémicos que hoy presenta.

No basta formular este voto. Es de buen juicio agregar que mientras la autoridad sea mal paga, se encarnará en sujetos solicitados por todas las tentaciones ilegítimas e inhábiles, por tanto, para cumplir su cometido decoroso. Pagar mejor al personal, desde el comisario al guardia civil, en vez de aumentar su número, importa urgente necesidad. El coimero marchará junto con el policiano, será su segunda parte, mientras el soldado, para fumar, tenga que pedir a otro tabaco y aceptarlo regalado.

La Federación se ha dirigido al H. Consejo de Estado, recabando medidas más enérgicas y eficaces contra el juego en campaña, cada día más invasor.

La bebida

El alcoholismo define otro aspecto sombrío de las lacras campesinas; osada vanguarda de la tuberculosis.

Quien algo sepa de ruralismo, no incu-

rirá en el absurdo de imputar a los estancieros culpa en el pavoroso desarrollo de la ebriedad, en el inmenso cuerpo adquirido por sus llamaradas. Fuera de su erudo interés, todas las razones léiticas y el sentimiento le inducen a combatirla.

Vinculado a su personal por los afectos que el trato diario adoba, testigo de los estragos que causa el beberaje entre sus subalternos, el hacendado debe ser y es entre ellos un constante preconizador de las excelencias de la sobriedad. Grave falta de respeto sería aparecer en su presencia tambaleándose.

Lo penoso es que el peoneito honrado y trabajador, a título fantástico de alejar penas, y por no tener otra cosa que hacer para divertirse, empieza por frecuentar los boliches para concluir por quedarse allí las horas perdidas, animalizado, embrutecido, frente al despachante que, impasible, sigue lavando copas tras la reja del mostrador atrineherado y homicida.

Felizmente se ha iniciado en el país una doble cruzada contra el alcoholismo; por una parte, la acción inteligente de los Poderes Públicos, por otra, la propaganda privada, ya fecunda.

Poniendo, pues, en el elogio la misma sincera intensidad que antes diéramos a la censura, debemos alabar calurosamente las severas disposiciones tomadas contra el horrible mal por el parlamento, bien secundado por el Poder Ejecutivo.

Los derechos prohibitivos, las facilidades a la venta de bebidas no espirituosas, las altas patentes, el cierre obligatorio des-

pués de las diez de la noche y en domingo, integran una serie de medidas muy plausibles.

La iniciativa individual ganó también agradecimiento por su benéfica propaǵanda que, en los orígenes, tuvo caracteres heroicos, dada la común indiferencia—ya felizmente rota—por estos graves problemas raciales. En la actualidad, interesa al sentimiento público, que la va comprendiendo, tan hermosa obra de redención y en estos mismos momentos recorre la república, encontrando en todas partes la más simpática acogida, una brillante delegación de la Liga de Damas, que repite en todos los extremos la voz de alerta.

La Federación no ha esperado ser requerida para adherir a la gran cruzada. Hace algunos meses tuvo el honor de ofrecer su espontáneo concurso a la precitada institución y, desde luego, la ha secundado en su benemérito afán, solicitando de las sociedades afiliadas el robusto apoyo moral que tan patriótica difusión se merece.

Prostitución, sífilis, tuberculosis

Tampoco podrá sostenerse, al comentar la condición de los humildes en campaña, que en las estancias recogen ellos el gérmen de las terribles enfermedades que flagelan sus filas. La sífilis y la tuberculosis no salen, a buen seguro, de la estancia. Es, sí, la estancia la que debe protegerse contra su contagio, traído de los rancharíos trágicos.

Otro de los jurados enemigos del país

es la tisis. Desde hace años se la viene atacando en sus calladas trincheras. La opinión debe mucha gratitud a la Liga contra la Tuberculosis, y a sus abnegados fundadores.

Y bien; el almáxico de la brava infección lo ofrecen en campaña las miserables viviendas de terrón, aglomeradas junto a los caminos, donde vegetan, apilados y en pronisecuidad, hombres, niños y mujeres.

En ese medio amoral, también careomido por la prostitución, instala su reino, su triste despotismo, la sífilis, que del brazo marcha con la tisis, abriéndole senda y mostrando el rumbo doloroso. Sin vacilar, apuntamos, señores, al rancharío; ahí está el principal reducto de todas las podredumbres camperas. Contra él hay que arremeter, sin aplastar a nadie, sin incurrir en abuso, sin caer en arbitrariedad. Ni sería plausible, ni hace falta; bastará con volver a cauce la conducta colectiva, con enfrenar al vicio, ahora impune y desafiante, con habilitar servicios médicos y con cumplir y hacer cumplir las leyes.

Elas castigan severamente la corrupción de menores; ellas consideran y resuelven el caso de los *vagos*; ellas penan el abigeato; ellas protegen a la niñez y obligan su asistencia escolar; ellas reprimen el escándalo y las pendeñcias; ellas sancionan reglamentos policiales y municipales.

El robo, como medio; perezas, como fruto, y la prostitución, como hábito e industria, repiten, en el orden moral, la trinidad pecaminosa que, en el orden físico,

determinan la tuberculosis, el alcoholismo y la sífilis.

Diferencia manifiesta, radical, como que no cabe el paralelo, media entre la estancia o chacra, por modesta que sean, y las madrigueras del mal vivir.

Nunca podrá compararse al peón, bien comido, bien dormido, que en el trabajo forja su bienestar, con el sujeto sospechoso, sin filiación definida, y sin recursos conocidos, compinche de ruedas desacreditadas y asociado con su china en todos los negocios, de día y de noche.

Otro de nuestros informantes, don Juan Elizondo, lo recalca, a la vez de alabar al hombre de labor: "Todo lo contrario sucede desgraciadamente con los que se crían en rancheríos; son enclenques, viciosos, indolentes, sin hábitos de trabajo y muy pendencieros".

Hablando de las mismas gentes, confirma don Alejandro González Barbot: "Prefieren mendigar y llevar vida deshonesta". Otro compañero, don Antonio Farinha, define así el nido de nuestros gitanos: "Conglomerado de mujeres, hombres y niños, mantenidos los unos por los otros". Debajo de las discretas palabras está la verdad y asoman sus ásperas crupezas!

Equívocación tamaña suponer que les falte trabajo a sus pobladores; acertado, sí, afirmar que no lo quieren. Sin aspiraciones legítimas, sin disciplina ni regla de conducta, un mate y el churrasco, bien o mal habido, les sobran para mantenerse y llenar, hasta los topes, su indefinido vegetal, la nada...

La oferta de trabajo les incomoda. En cuanto a sus mujeres, ratifican los señores Fernández y C.^{as}: "Si algunos de ustedes conoce la campaña, se dará cuenta de que hace cinco años conseguía las cocineras que quisiera para estancia; hoy, ni por doce pesos quieren salir a trabajar, prefiriendo estar en la orilla del rancho cuidando su braserito".

Insiste don Manuel Cruz Silveira: "Muchas veces hay dificultad en conseguir peones o sirvientas, habiendo un inmenso número de ellos en los pueblitos, donde viven agrupados en ranchos, sin ocupación de ninguna especie."

La simple vigilancia policial, limpiaría, dentro de lo posible, el ambiente social de los pequeños vecindarios. Rigen disposiciones expresas contra la vagancia que, apenas cumplidas, espantarían a los zánganos; rigen disposiciones expresas contra la prostitución; rigen disposiciones expresas contra los padres que corrompen a sus hijos. Sobraría con despertarlas para que el sólo anuncio de su aplicación produjera inmediatos resultados.

Clausurando este comentario, recordaremos que de las filas rurales ha salido la más potente y desinteresada voz en defensa de la salud de nuestros paisanos, habiendo revelado elocuentemente el doctor Alejandro Gallinal, desde el Senado, la verdadera catástrofe social representada por el incremento de la sífilis. La Federación creyó del caso tributarle un caloroso aplauso, adherir a su viril alegato y ofrecer su decidido concurso al gobierno

en la nueva acción médica. Más aún; por acto espontáneo, propuso que se creara un pequeño impuesto para cubrir los ochenta mil pesos reclamados por el instituto que dirige el doctor Juan Antonio Rodríguez, también acreedor al reconocimiento público, como caudillo de esta otra cruzada patriótica.

La Federación prestigió ante el parlamento esa hermosa iniciativa, que provocó unánimes alabanzas entre los hacendados, tantas veces heridos por el concepto injusto y cruel de quienes no les han igualado, hasta el día, en altruismo eficiente.

Caben aquí dos palabras sobre las infecciones carbuncosas, cuyas víctimas, por imprudencia o asistencia tardía, suelen repetirse en cierta época del año. Además de divulgar instrucciones preventivas, la Federación ha propiciado la idea de crear el seguro contra el carbunco, dirigiéndose, al efecto, a la competente institución bancaria.

Ningún estanciero ha discrepado con este otro proyecto noble, que nadie arrancó.

La escuela

Ya hemos dicho que el problema escolar presenta, en campaña, características especiales. Mil circunstancias lo complican. El cometido del maestro no se limita a la tarea docente; desdóblase en otras complementarias, a fin de asegurar la concurrencia infantil. Tiene que romper la inercia de los padres, abrir brecha en su ignorancia, combatir su abandono, convencerlos de

que no posee título, a título de padre, para quitar el alfabeto a su prole en razón de que ella le ayuda a ganar sus tentos.

Ingente esfuerzo el apuntado, mucho cuesta hacerlo fructificar. Familiarizado con la campaña, he visitado muchas escuelas rurales. Con complacencia lo declaro: al salir de su local, siempre imperfecto y a veces imposible, he sentido redobladas mis simpatías hacia los educacionistas que, valerosamente, en lidia porfiada y desigual con las deficiencias del medio, afirman, en olvidadas comarcas, el verbo de la patria y de la civilización.

Ellas y su obra constructiva recogen el aplauso y la adhesión ancha y generosa de los vecindarios del interior. Nunea apelan en vano las autoridades a la cooperación de los propietarios o arrendatarios de campo. Cualquier ensayo en favor de la enseñanza recibe su inmediato y leal curso.

Si el maestro lo quiere, si no se fatiga en su embate difícil e incansante con las rudezas que tiene que arrollar, consigue amplia ayuda para su silenciosa labor. A menudo comisiones de vecinos se cotizan para ofrecer ropa a los niños más pobres. Así lo he visto en Merinos y en otras localidades.

Más lejos suele ir el anhelo popular. En Young, el edificio de la escuela fué adquirido por suscripción. En Pan de Azúcar, el estanciero señor Boccia ha regalado un magnífico inmueble con su huerta; al igual, los señores Etehemendy y Aramendia, en

Paysandú y Minas, respectivamente. Estoy cierto que cada uno de los que me escuchan podría multiplicar los ejemplos. En todas partes se dan facilidades, de toda clase, a la causa de la instrucción pública.

Cien veces se repite en nuestra encuesta que es indispensable multiplicar las guerrillas frente a la línea negra del analfabetismo, no sólo porque saber leer constituye la fuerza básica del hombre culto, sino porque la letra de molde vale un puente, constantemente tendido hacia el bien. La lectura expande la visión, quebranta costras espirituales y despierta emulaciones nobles. Por tanto, a lo mucho hecho en la materia hay que agregar mucho más.

Sin descanso libra el Estado encarnizada batalla con la ignorancia; franca contribución le prestan los particulares. Sin embargo, se impone redoblar, por ambos lados, el empeño redentor. Auméntense, en buena hora, las escuelas públicas y crezca también en robustez el esfuerzo privado.

En varias formas, todas plausibles, puede pronunciarse ese valioso empuje. Ya sea generalizando las comisiones protectoras antes mencionadas, que ponen al niño muy modesto en condiciones de asistir al colegio, mediante la distribución gratuita de ropas; ya sea fortificando el apoyo moral al maestro; ya sea resolviendo cada vecindario, en asamblea, la faz económica del problema enseñante; ya sea interesándose en el desarrollo de los cursos y prestigian-do los exámenes anuales.

Treinta años atrás, Soriano nos dió ejemplo de lo que puede alcanzar el desinterés puesto al servicio de una gran causa, superior a hombres y partidos. Por iniciativa del doctor Mariano Pereira Núñez, se congregaron los elementos allí dirigentes, y bajo su entusiasta auspicio, se creó una red de escuelas que rindieron óptimos resultados, y cuyo recuerdo representa un blasón para el departamento litoral.

Todo lo expuesto con referencia, indistinta, a los propietarios y arrendatarios rurales; pero algo falta por agregar. Si consideramos el caso de los grandes terratenientes. Quienes poseen o trabajan—sobre todo aquéllos—muchos miles de hectáreas; quienes reúnen, o deben reunir, a su alrededor varias docenas de jornaleros, es decir, familias y, en consecuencia, muchos niños, están en la imperiosa obligación de preocuparse directa y eficazmente de la instrucción de esa infancia, cuyo porvenir no puede ni debe serles indiferente.

Poco se les pide; apenas la manutención y salario de un maestro — mejor maestra — con asiento permanente en la propia estancia. Como se ve, el sacrificio exigido sería mínimo, débil amortización en la deuda de gratitud que todos tenemos pendiente con el país en que nacimos, el más lindo de todos los países.

La gran propiedad no puede aparecer atrasando el movimiento evolutivo de la nación y a ella, por su misma opulencia, hay derecho de exigirle mayores pruebas de devoción al bien público.

Por lo demás, y por incidencia, observaremos que ya es hora — sonó hace muchos años, aunque todavía en vano — de combatir fundamentalmente los métodos de enseñanza primaria vigentes en campaña. A menudo he oído a colegiales expresarse, desde lo alto de una cuculla, con la misma prestada y cotorrera erudición que hasta en la ciudad suele chocar. Saben un poco de todo, muy especialmente de lo que no reza con su medio social y con los apremios de la vida que, por lo común, les espera, con ceño agrio, a la vuelta de la escuela.

¡Pobres niños, obligados a ser hombres apenas salidos de la falda de la madre: a madurar antes de tiempo, como la fruta de venta!

Sí, la educación de nuestros criollos reclama una reforma radical; más práctica, más eficiente, menos verbosa. Enséñeseles amor al trabajo, artes manuales, ganadería, el cultivo de las plantas, a conocer la semilla, a comprenderla, a respetarla en el árbol; y déjese en paz a las ciencias exactas y no exactas, cuyas luces se cruzan y producen, por interferencia, la oscuridad, un ovillo de enredos, en la mentalidad virgen de los asustados *gurúes*, que solo un rato — vivido fuera de la realidad — oye, sin acabar de entenderlas, explicaciones abstrusas sobre un mundo extraordinario, que escapa a su tacto y concepción.

Poco importa que ellos sigan ignorando el maravilloso rodar concéntrico de los astros; por eso no les faltará, a buen seguro, el calor del sol, ni perderán rumbo en el

fondo de la noche, guiados por la eterna fidelidad de sus amigas las estrellas, cuyo parpadeo no es como otros que engañan: luminarias que son, jamás desorientan!

El compañero don Antonio Amorós dice una verdad de a puño en su comentario: "El porvenir de las clases pobres en campaña está en la tierra." ¡Perfectamente! No cometamos el enorme error de desconocer, de seguir desconociendo, la sabiduría de esa evidencia; acatemos su mandato de hierro.

Don Julio Stirling, también con gran acierto, subraya el hecho de que "muchas veces las aspiraciones de nuestros paisanos están por debajo de las costumbres que se les quieren inculcar". Tal la áspera realidad. Es necesario encender anhelos en el alma de la clase campera; enseñarla a luchar con la suerte y a vencerla; a ver en su pobreza un estado transitorio; a querer llegar y a llegar.

A juicio de don Juan Felipe Bidegain, hay que inculcarle al nativo "hábitos de trabajo y economía, cosa que su gran mayoría desconoce por falta de instrucción, ambición y, sobre todo, por falta de ideal en la vida."

La escuela primaria, adaptada al ambiente, fruto del medio, en vez de ser su tortura, debe recoger el discreto consejo y difundir entre su tierna población el conocimiento simplista, útil, apropiado a la imperfección de los *pagos* y de sus hijos humildes.

Antes hemos debido recalcar — aunque la observación cabe, sin violencia, en este

párrafo de nuestra amable conversación— que el nuevo régimen municipal, fundador, de veras, de la autonomía, entrega a los Concejos Departamentales mucha parte de la tarea nacional y fecunda que antes monopolizaba la capital y hería de muerte el centralismo.

En la actualidad, cada jurisdicción administrativa y política está librada a su propio destino; y si ahora los asuntos de interés general sufren perturbación o se estancan, la culpa, en su mayor lote, pertenecerá a los mismos municipios, por fin independientes. En la moralización de la vida comunal, en su ordenamiento y sabia disciplina, tienen los Consejos papel protagonista. Huelga advertir, entonces, que hasta la escuela, el maestro y la infancia escolar debe alcanzar, amplia como un escudo, su influencia protectora y benéfica.

Antes de entrar al análisis particularizado de nuestra encuesta, hemos creído indispensable esbozar algunas ideas de orden general, convenientes para fijar criterio.

Era necesario establecer la diferencia profunda que separa a la estancia o chacra, de los míseros rancharíos que tan penosamente impresionan al viajero.

También se imponía descubrir la raíz de ciertos males colectivos que el tiempo, el creciente bienestar y una aplicación más recta de la ley, irán disipando. Por lo demás, ¿cómo identificar con el jornalero a la gente de los vecindarios maleantes?

Dicho queda, pues, que hay en campaña deficiencias orgánicas, fruto de causas di-

versas, hondas, que la ignorancia apellida, con derecho materno. En esencia, es también el nuestro un problema de civilización. Somos un país nuevo; todo está por hacerse entre nosotros; recién hemos salido del período caótico; estamos en las partidas.

A quienes nos flagelan con su enfermizo pesimismo, echándonos a la cara nuestra insuficiencia, como si se complacieran en poner escándalo junto a nuestro nombre de pueblo honesto y bueno, los invitáramos a visitar otros países del continente y a comparar situaciones.

Con nativo júbilo oía, días atrás, a un grumete del "Uruguay", que devolvió al regazo azteca los restos tibios de Nervo, dilatando el campo de nuestra bandera, condensar así su opinión sobre el reciente viaje por todas las costas de este hemisferio: "Vengo convencido de que estamos más adelante que todas las repúblicas que hemos saludado". Soberana razón asiste al marinerito oriental: no somos tan deficientes como nos presenta el fácil sectarismo!

Dentro de nuestras fuerzas, como raza incipiente y, por tanto, escasa de experiencia, vamos resolviendo nuestras dificultades. ¿Hay alguien, sea nación o individuo, libre de ellas? Nuestro esfuerzo, alto, sano, sincero, despierta espontánea estimación en quienes nos miran. Acaba de escribirme un mejicano representativo, Carlos Pereira: "Son ustedes afortunados por la universalidad de las simpatías que inspiran".

Nuestro peor enemigo está en casa. Es la pasión ciega, es la estéril intolerancia, es el inútil agravio, con caídas electorales. Al hostilizar sistemáticamente al propietario rural se hiera al país, que entre sus más recios y caudalosos agentes de vitalidad le cuenta.

Por otra parte, apelo a la veracidad de los gratuitos ofensores y los invito a declarar si ellos creen sinceramente que dentro de la piel de cada estanciero vive un egoísta, un explotador, un sibarita. Sé que los pongo contra la pared. Si ellos no contestan, porque no quieren o porque no saben, en virtud de no haber salido más afuera del Paso del Molino o de no conocer media cuadra más allá de los rieles, en cambio, el sentimiento público, justiciero y bien informado, no escatima afecciones y respetos al paisano de esta tierra, amante de la patria, por sobre todas las cosas, honrado y valiente, que en puja de costros, contra la naturaleza, sabandijas e intemperies, amasó la dicha de los suyos adobando, a la vez, la riqueza y el bien de la república.

Entremos, ahora, al examen de nuestro cuestionario y de las respuestas recibidas.

Manutención propia y del personal

Pregunta la encuesta si la vida se ha encarecido en campaña y en qué proporción.

Dentro de su natural diversidad, las opiniones concuerdan en reconocer la sen-

sible suba aleanzada por los artículos alimenticios. Algunos informantes la estiman en un 35 %, en un 65 %, otros; otros, en un 75 %, en el doble, el 150 % y hasta alguno en el triple.

Creemos exagerada esta última apreciación; aunque no así en todos los rubros. Observa don José Vivo que un capón antes valía \$ 1.50 y ahora se paga a cinco pesos; el arroz, antes \$ 0.16 el kilo, ahora \$ 0.42; el azúcar antes 0.15, ahora 0.42, y cada vez más.

Lo indudable es que, en general, el precio de la alimentación casi se ha doblado. Varía algo, según la distancia de los rieles, de la capital, etc.

Por eso los datos no pueden ser uniformes.

La carestía mundial concurre a esta enorme alza; también la han servido, como factor local, los altos fletes. Durante la guerra, el ferrocarril recargó mucho las tarifas, a título, entonces legítimo, de que el carbón estaba altísimo; sin embargo, el carbón baja, sigue bajando, y las empresas no piensan en normalizar los fletes, tanto para ganados como mercaderías, que fueron — se aseguró al implantarlos — de simple emergencia.

También padecen todos, pobres y ricos, sobre todo los pobres, el peso exorbitante de los impuestos indirectos.

Muy gravada está, pues, la mesa del hombre de campo, sea patrón o jornalero, aunque mucho más serio es el problema en la capital.

Calculan nuestros asociados que la ma-

nutención de cada peón representa, como mínimo, doce pesos por mes. Algunos la estiman en \$ 15; otros en \$ 18; alguno hasta en \$ 24. Imposible igualar los casos, siendo diferentes en San José o Colonia, cerca de la estación, o en San Luis, o Arerunguá, a veinte leguas de sus cabeceras.

Por lo demás, cada cual se pronuncia según el método particular de su establecimiento. Los hay muy abundantes, pródigos; no faltan los más cuidadosos. De cualquier manera, puede asegurarse que en las estancias nadie sufre privaciones. Carne, arroz, farfía y porotos no se escatiman, y, en cuanto a la yerba, en las horas libres, es decir, de mañana, a mediodía, de noche y al atardecer, siempre está la pava rezongando en el fogón, renovándose, sin cesar la cebadura.

Como promedio, la manutención de cada peón importa quince pesos mensuales. Véase dos cuadros comparativos. Habla don Aniceto Patrón:

	En 1914	En 1920	Aumento
Galleta	\$ 0.145 el kilo	\$ 0.175 el kilo	20 %
Yerba	" 0.31 "	" 0.42 "	35 "
Farfía	" 0.11 "	" 0.145 "	32 "
Arroz	" 0.19 "	" 0.34 "	79 "
Azúcar	" 0.19 "	" 0.46 "	142 "

Habla don Eugenio Winterhalter:

	Antes	Abora	Precios al por mayor en Montevideo.
Carne	\$ 0.80	\$ 4	Hay que aumentar 40 %
Yerba	" 2.60 los 10 kilos	" 4	de fletes del F. C. C. y
Azúcar	" 2 "	" 4.20	20 a 25 % del comercian-
Arroz	" 1.50 "	" 3	te de campaña.
Farfía	" 0.60 "	" 0.95	
Papel duc.	" 0.70 "	" 1.60	

Asombra el enorme recargo creado por las tarifas ferroviarias.

No cabe la menor duda de que los ar-

tíenlos de primera necesidad han aumentado extraordinariamente de precio, y la progresión no se detiene.

Salarios

Como es lógico, la gran carestía de la vida ha repercutido sobre los salarios, provocando su alza. La única defensa del pobre, cuyas finanzas sufren la grave perturbación actual, estriba en acrecer proporcionalmente el valor en moneda de su trabajo. Un fenómeno ha producido el concomitante y la campaña no escapa a la transformación de la economía general, a vista de ojo y más marcada en la ciudad.

Del cuestionario se desprende que hoy se pagan a los peones sueldos que van de \$ 10 a \$ 18; en algunos casos \$ 20 a \$ 25, y tratándose de capataces según su categoría, 30, 40, 50 y hasta \$ 60.

Entienden los hacendados que el aumento corriente importa, según unos, el 30 %, según otros el 50 a 60 %; para otros el doble, no faltando quien hable del triple. Esta última manifestación es decididamente equivocada o refiere a un establecimiento que bate el record de la liberalidad.

La mayoría de los deponentes entienden que los salarios han subido el 50 %. A juicio de la Asociación Rural de Soriano, han subido de un 30 a 40 %. Dice don Carlos Cash: "No hay duda alguna de que, en general, los sueldos han sido aumentados en un 30 %, juzgando por lo que pasa en nuestro establecimiento y sus vecinos".

Dice don José Elorza (hijo): "Los salarios que pagamos hoy al personal de nuestras estancias tienen un aumento del 90 al 120 % respecto de los jornales que se abonaban hace diez años".

Lo notorio es que, antes, diez pesos señalaban una retribución común. En la actualidad, cualquier bracero gana quince pesos; y así debe ser. Porque importaría una suprema injusticia no alterar los sueldos en armonía relativa con la angustiada alza de los precios. Encarecida la vida en todos sus aspectos, sería inadmisibles que los jornales no crecieran; pues, no aumentarlos, importaría rebajarlos — desde que ha disminuído el valor adquisitivo de la moneda, — a la misma hora en que adquiere excepcional empuje la propiedad ganadera, ya se refiera a los campos o a los rodeos.

Pero este tema también presenta caracteres peculiares. Si se alega con buena fe, hay que enunciarlos y reconocerlos. Aludimos a que la estancia tiene calores de hogar para sus empleados. Si enferman, se les asiste por cuenta del establecimiento; se les ayuda con ropa; a menudo, la mujer encuentra allí colocación ventajosa y sus hijos amparo.

Además, nadie niega un caballo al buen subalterno; cuando la marcación, se les regala; si con familia, se les autoriza a atar lecheras; como extraordinario se paga la doma de potros; también se les recompensa en ocasión de las ferias. Si son puesteros, pueden fabricar quesos, trabajar con lecheras y tener animales propios a pas-

toreo. Ningún hacendado, por larga que sea la dolencia, descuenta el sueldo a su peón, siendo tradicional, jubilarlo cuando viejo.

Suele decirse, con verdad, que el jornalero rural tiene poquísimos gastos, pero la observación nada vale desde que no se trata de averiguar si puede ahorrar poco o mucho sino de saber si gana lo que merece, de acuerdo con los premios económicos de la época.

En resumen, los salarios han mejorado, y están en resuelta suba. De la Fuente Hnos., en respuesta a nuestro interrogatorio, creen que "los salarios de los peones en muchas partes son bajos".

Después de reconocer la bonificación en marcha, dice don Ernesto Stirling: "Pero, con todo, los sueldos no han subido en la proporción que lo han hecho los capitales".

Para don Juan Berhouet, los salarios "podrían ser mejores; pero, para ser mejores, debiera también mejorar el servicio". Este complemento crítico es general: se considera que el trabajo del peón, muchas veces, no vale el precio asignado.

Para don Miguel Young, "algunos salarios son bajos". Para don Alfredo Kuster "a primera vista son algo bajos, pero tomando las cosas en conjunto no lo son, porque la mayoría de los gastos personales recaen sobre el patrón".

Don Nicolás Ibarburu cree que "los estancieros pueden y deben mejorarlos gradualmente". Para muchos deponentes, ya la suba está producida y es razonable.

Según don José Díaz: "No deben bajar

de quince pesos". Confirma don Froilán Uhalde: "Siempre que no lleguen a quince pesos, los considero bajos". Don Ezequiel Soares de Lima, los cree "suficientes, pues, casi en general, el servicio es malo". Don Pío Barrios entiende "que son superiores a la indolencia, que es la característica de las peonadas".

Hemos extractado algunas opiniones dominantes. Lo evidente es que los sueldos rurales están experimentando una sensible alza. Se ha lanzado la idea de aplicar a la campaña el salario mínimo. Cuesta menos echar a rodar el arriesgado proyecto que encarnarlo en los hechos, sin subvertir el orden de los establecimientos y amenazarlos de ruina.

Para ningún gremio de la capital, reducidos en número y apremiados por mayores dificultades domésticas, han propiciado los poderes públicos reforma tan espinosa. Con manifiesta temeridad se quiere llevarla al seno del gremio más nutrido y respetable del país, como para herirlo hondo y amedrentarlo.

Y bien: la iniciativa hostil carece en absoluto de objeto; la oferta y la demanda, solas, se encargan de bonificar los salarios. Entre nosotros nadie monopoliza el trabajo; y como el personal escasea y hay veinte mil establecimientos rurales, la suba de los jornales se está produciendo automáticamente, quieranlo, o no, los propietarios.

Unánime este aserto: el buen peón siempre sale barato y se le recompensa en proporción.

Si algún defecto clásico posee el criollo es el de no estabilizarse; hijo y nieto de montoneros gloriosos, todavía recrotan en su temperamento las inquietudes andariegas de sus mayores, las veleidades trashumantes.

Don Aniceto Patrón nos refiere que del libro diario llevado en su estancia resulta que, en 1916, mil cuatrocientos forasteros hicieron noche bajo su alero. Hilvana esta reflexión: "Cuando la especulación política levanta los pendones de una falsa reedención, cabe exigir a los apóstoles iguales actos de filantropía realizados de sus personales recursos."

Sólo como expediente efectista puede juzgarse la anunciada imposición del salario mínimo. En nuestro país no existe la gleba; tampoco el yugo del trabajo servil, hacinadas las gentes, sin horizonte, agobiadas por el peso de una incesante labor rebañera. Amplias y generosas nuestras costumbres, fácil la vida, a nadie negado el hospedaje, al decir gráfico de uno de nuestros informantes, los braceros cambian de patrón como de camisa. "El 60 % de los empleados no duran un año", expresa don Juan Ibarburu. Observa don Braulio Batista: "El paisano de hoy no es el de antes; si usted le exige ciertas cosas necesarias, higiene, respeto, ahorro, y lo aconseja, no le gusta y pide su cuenta y se va".

Ratifica don Antonio Farinha: "Creo firmemente que no existe en campaña explotación ni abuso contra el peón, pues, ante todo, el paisano continúa siendo libre,

no contrae compromiso alguno en el trabajo y se va cuando quiere, sin considerar nada".

Dice don Felipe Torres: "Debido a esta falta de población en la campaña, no hay brazos y el obrero susamente escaso, sobre todo en este departamento (Flores); el peón mensual mucho más y muy especialmente el peón bueno, que no se encuentra".

Al peón, sirva o no sirva, nunca le falta trabajo; para todos los oficios se reclaman en el país brazos. El jornalero es solicitado con apremio, por su misma escasez. Sabiéndolo así, el interesado no se apura en cumplir, ni se esmera en adquirir arraigo. Precisamente en eso radica el mal.

A nadie, pues, necesita defender la ley. El peón es absolutamente libre, las necesidades no le sofocan. A las cuadrillas de esquiladores se las contrata con larga anticipación, disputándose su favor. El que no trabaja en campaña es porque no quiere.

Muy superior la demanda a la oferta, repetimos, los salarios ya buscan su nivel, sin intervención oficiosa de nadie, y seguirán subiendo, a medida que se encarceza la existencia.

En vano las propagandas subversivas se empeñan en trasplantar al medio rural, poco denso y sencillo todavía, la lucha de clases, con su cortejo de odios. Parecería que existiese el secreto anhelo de provocar una revolución agraria, envenenando el alma de la buena gente de tierra adentro,

citándola a la revancha, odiosa y sin razón de ser.

Por lo demás, ante la probabilidad del salario compulsivo, los propietarios reducirían su personal, con perjuicio de los allegados, que no faltan en cada estancia. Ya un periódico mercedario señaló este peligro. ¿Se pagaría a todos por igual, en su categoría? ¿Y quién haría la clasificación? ¿Y cómo? A prosperar la tentativa, caería por tierra la libertad de trabajar, garantida a todos, obreros y patronos, por el precepto constitucional, mucho más así cuando se pretende prohibir el trabajo a los menores de diez y seis años.

Se habla de doblar los salarios rurales, provocando una grave perturbación agraria, cuyas primeras víctimas serían los pequeños propietarios y la pobre gente que hoy vive allegada a las estancias, al amparo de su sombra bienhechora.

Esquiladores

Antes era corriente pagar a los esquiladores \$ 0.03 ets. por oveja. Ahora el precio generalizado es de \$ 0.05 ets. Alguna diferencia se establece, según sea la lana cruda o merina.

Muchos de nuestros informantes juzgan que el aumento alcanzado representa un 40 %; para la Asociación Rural de Soriano fluctúa de 30 a 40 %. Recojamos algunos datos interesantes. Comenta don Felipe Torres: "Un esquilador a mano sacaba, hace ocho o diez años, un promedio de 35 a 40 animales diarios, que a \$ 0.03

centésimos, le resultaban \$ 1.20 diario. Hoy, a máquina, libre de compra de herramientas, pues hasta se le afilan los peines, saca un promedio de 80 animales diarios; hay quien saca 120 y 130, pero el promedio de 80 es razonable; a seis y siete cobres que se paga, saca \$ 2.40 y aún \$ 2.80 diarios, con manutención en abundancia, con sus horas para tomar mate y en los días de mal tiempo hay que sostenerlos igual".

Evidentemente, la máquina ha aliviado la tarea, permitiendo esquilur mucho mayor número de ovejas por día. Como, a la vez, ha subido la retribución — de tres a cinco centésimos — existe plena razón para afirmar que la condición del esquilador ha experimentado notable mejoría.

Dice don Ernesto Stirling: "En la mayoría de las estancias el salario está lejos de haber subido tres veces como el valor de la lana". Agrega: "Honestamente creo que no se debe pagar al esquilador menos de cuatro pesos por día". Pero, ¿quién asegura el extraordinario precio actual de la lana, simple consecuencia de causas excepcionales, ya en declinación? Y cuando baje, — ahora se elevan al triple los jornales de esquila, — ¿cómo se reducen?

Algunos calculan en \$ 200 el fruto individual de la zafra. En \$ 162 lo estiman otros, fijando en noventa las ovejas esquiladas en el día. Otros deponentes sostienen que es fácil esquilur a máquina 200 ovejas lo que, a \$ 0.05 centésimos por animal, da \$ 150 mensuales. También se fija en \$ 3.50 el producto diario, a máquina y en

\$ 1.40 a martillo. Aludiendo al trabajo a máquina, así resumen algunos su opinión: el esquilador bueno saca \$ 200 por zafra, el regular \$ 150 y \$ 100 el malo.

En esta materia, bajo todos los aspectos, va quedando lejos la rutina. La máquina invade victoriosa todo el país — como que cada cuadrilla lleva la suya — y concurre, poderosamente, a bonificar el trabajo de esquila, a la vez de aliviarlo y acrecer la ganancia. Como detalle complementario, falta decir que la afilada de las tijeras corre por cuenta del patrón; antes no era así.

En cuanto a beneficios, queda demostrado que la condición del esquilador ha mejorado mucho. Y, sin embargo, después de dos meses de intensa y productiva labor, al rendir cuentas, es común que este jornalero poco o nada conserve de lo que afanosamente ganara, con sudor. ¿Cuál es el motivo? Levantemos el velo que oculta la triste realidad y oigamos de nuevo al señor Torres, tan jugoso en sus comentarios: "Se dirá, ¿cómo es que un esquilador que saca libres \$ 2.50 diarios, a fin de zafra no tiene veinte pesos disponibles, no todos, pero sí un 70 %? La razón es muy sencilla; la mayor parte de los estancieros responderán conmigo que no hay comparsa de esquiladores en la que no se juegue descaradamente a la taba, al monte, al nueve, a las carreras, o a cualquier otro juego. Por lo general, el capataz de la comparsa o encargado de la máquina, es el coímero; de lo contrario, es el cocinero, o cualquier otro. Por lo común, quien menos trabaja

es quien mejor resultado saca de las esquilas; no esquila mucho, pero otros esquilan para él".

Confirman don Froilán Uhalde: "Al finalizar la zafra, la coíma se les queda con todo, y, salvo raras excepciones, vuelven más pobres, con las "garras" desechas y sólo con la ropa puesta, muchos de ellos".

La gráfica información antecedente es reflejo fiel de la penosa realidad. Clavadas teníamos en el pensamiento estas impresiones cuando perfilamos, en páginas iniciales, el proceso del juego, cuyos habituales estragos se duplican en nuestra campaña.

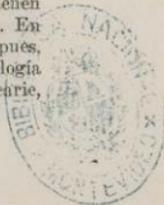
¡Resabios primarios, del tiempo indio, que exigen enérgica extirpación!

¿Cuál puede ser el valor social de hombres que salen a ganar el pan de sus hijos y que regresan, dos meses después, peor de lo que salieron, pidiendo auxilio en vez de traerlo, sólo eficaces para acrecer miserias?

Por eso consideramos que se encara una faz indirecta del problema rural cuando se pregona, a tambor y clarín, la necesidad, desnuda, de subir los salarios.

Dice bien don Antonio Nin y Silva, cuando afirma: "No es cuestión de sueldos, como erróneamente se cree, sino de educación, de hábitos".

Arriba y como corresponde, se vienen los sueldos, sin pedir permiso a nadie. En otra parte está el enemigo. ¡Hay, pues, que penetrar más hondo en la psicología nacional y atacar en la raíz, en la céntrica, el mal que de la raíz sube.



Mientras la unidad hombre, ciudadano, padre, siga estando empobrecida, castigada por los flagelos que desde antaño la labran, será obra perdida, efímera, la que se reduzca al aumento de jornal, recibido sin apego: agua que se traga la insaciable arena.

Consumen el cuerpo del gaucho y de su descendiente la tisis, en combinación con la sífilis; quémale la cabeza el alcohol, precipitándolo a la locura; pero, última guerrilla, el juego le seca de escrúpulos el corazón, dejándole su resaca, el instinto irrefrenado.

Mientras el criollo no sepa ganar con amor su soldada y libre su aumento al capricho de una zota de bastos, en vez de cifrarlo en los bienes del trabajo remunerador y porfiado, habrá serio motivo para creerlo defectuoso y en convalecencia. Mientras tanto poco pesará en su favor la inteligencia vivaz tan a menudo malbaratada, que todos le reconocemos!

¿Más feliz el peón o el obrero urbano?

Dilatando el plano de la encuesta, hemos formulado la pregunta que nos sirve de epígrafe, a fin de provocar juicios sobre la condición moral del trabajador de campo. Lo hemos creído particularmente útil, porque la capital, reincidiendo en la inexactitud de visión antes señalada, forma concepto muy errado sobre la suerte del paisano.

Un poco envenenados nosotros por el ambiente artificioso y debilitante de la ciudad,

extraños, para nuestro perjuicio, a las virtudes esclarecidas del ejercicio intrépido; cada vez más reñidos con el bravo esfuerzo y muy ganados por la blanda mollicie urbana, solemos ver al criollo madrugador — que se acostó a las nueve — atormentado por el cansancio, por el saludable galopar diario, por los fríos, unas veces, por los calores, otras; por la falta de tender y de mantel, posiblemente.

Hay mucho de risueño en todo este humanitarismo, de corte literario, que, si empuja un poquito más, se tiñe de afeminamiento.

Quienes largamente hemos gustado de los placeres ásperos y hermosos de la vida rural, debiéndole, seguramente, lo menos malo de nuestro ser, nunca podremos compartir esa propaganda adulterada, de exceso y error.

Ya el primero de nuestros criollos, el noble amigo de todos nosotros, Elías Regules, se rió alegremente, con insuperable ironía poética, del hijo de la ciudad, del "mozo bien", que se aterra cuando ve enlazar una vaca y cree morir de miedo ante el bellaquear soberbio de un potro, bajo las nazarenas de nuestro centauro.

Senecillamente, porque se trata de cosas en absoluto distintas, es imposible comparar al obrero rural con el obrero urbano. Otras son las costumbres; otro el medio; otras las exigencias; otros los gustos.

No vacilamos en afirmar que la vida del paisano es menos dura, más intensa en su austera simplicidad, más sazónada por satisfacciones, que la vida del jornalero me-

tropolitano, mordida por incesantes reclamos angustiosos, como que exceden siempre a sus recursos.

Es atributo venturoso de la existencia campera su inalterada serenidad, arriba y abajo. Parecería que la limpidez del cielo, uniforme y azul, se reflejara en las almas y en el pensamiento.

El trabajo al aire libre no tiene igual. No lo oprime la disciplina estricta del taller. Por lo demás, la misma peculiaridad de la labor rural crea vinculación estrecha, afable, amistosa, entre el patrón y sus empleados; a cada uno llama por su nombre, a fondo los conoce en su valer y defectos y todos lo respetan. ¿Podría ser, acaso, lo mismo el dueño de fábrica que desde su escritorio, por mensajes o teléfono, gobierna la colmena de su manufactura?

Por todo lo expuesto, entienden la casi totalidad de nuestros informantes que la condición del peón es feliz, sin sombra, libre de nubes. Carece de preocupaciones; duerme y come mejor; disfruta de más libertad; trabaja suelto como los pájaros; goza la íntima hermandad de la naturaleza, inagotable fuente de dichas; nada lo aflige; ignora, es cierto, los refinamientos de la ciudad, pero, a la par, sus vicios y bajezas. Todos hemos sido más felices en el campo.

Cree don Zacarías Arbiza que "el peón es, en muchos casos, más feliz que el propietario". Don Alejandro Rose Young, lo considera "el ser más feliz sobre la tierra"; pero, adviértase que funda su aserto en el hecho evidente de que el jorna-

lero rural no tiene aspiraciones; a gusto vegeta, no ahorra, poco piensa; no establece diferencia entre el presente y el porvenir; vive al día.

¡Por ahí avanza su sombra el mal nacional! Por eso, a renglón seguido, el señor Rose Young quisiera ver al bracero "menos en contacto con aquello que tanto adora: caña, taba y naipes".

Según don Francisco Requiterena, "el peón de estancia está más libre de la miseria que el de la capital". Pero, agrega: "Sus perspectivas son poco halagadoras, pues hace una vida monótona y casi embrutecida, con muy pocas esperanzas de crearse una situación desahogada e independiente.

Acentúa don José María Rodríguez Sosa: "Viven peor en la campaña que en la ciudad, pero se sienten más felices allá". También agrega: "El buen peón no llega a envejecerse en su categoría: joven aún, se le ve de capataz".

Es, pues, coincidente el criterio de todos los hombres que conocen el país y que meditan seriamente sus problemas sociales; hay que educar, hay que redimir, hay que dignificar al criollo. Escuelas, muchas escuelas, repiten a cada paso, nuestros rurales.

El crecimiento metropolitano, los nuevos frigoríficos, el mayor industrialismo, etc., están determinando una corriente emigratoria de las clases pobres de campaña hacia la capital. El fenómeno, universal, ya repercute entre nosotros.

¿Para bien o para mal? Largo espacio

requeriría el examen del punto Limitémonos a asegurar que, en muchos casos, las ilusiones del campero las deshoja, pronto, el gran poblado, tan promisor con su fama y su irradiación civilizada y, sin embargo, tan duro de entraña.

También la clásica honradez gaucha suele zozobrar en su arrecife. Y, a pesar de todo, la odisea seduce, para renovar en la ocasión ¡tantas veces! el ejemplo de la mariposa suicida, irresistiblemente llamada por la luz, envidiosa de sus alas.

El mismo epílogo desencantado señala el final de muchas de estas aventuras; el cabizbajo retorno al "pago", para empezar otra vez, con un dejo de amargura, antes desconocido, en el labio, y la espina del temprano escepticismo clavada en el alma. Quedó en el camino, entre sus zarzas, la dicha serena de los días sin complicación, con aroma de pastos, ingenios, cerrados por el mareo del horizonte familiar y libres de dolor, de falsedad y de inquietud.

En otros escenarios, el teatro ha recogido este tema agrio, creado por el moderno tráfico, que encarna su protagonista en el hijo de los campos, pródigo como el hijo bíblico, que saliera una mañana a descubrir las Indias, henchida de pampero la vela de su destino. Cuando la adversidad lo despierta de su sueño de hadas, suele ser tarde para emprender el regreso: ya anochece....

"¿Cómo te lo di y cómo me lo devuelves!", exclama, al fin de un acto dramático y refiriéndose a su muchacho, marchi-

tado por el aliento de la gran ciudad, un aldeano francés, mostrándole el puño a París que, a lo lejos, llena la decoración con su estallido de luces y tentaciones.

¡Verdad, señores, que ya aquí va existiendo algún motivo para mostrarle también el puño a la ciudad del Sur, engañadora y falaz, como todas, con el cándido forastero!

La indolencia y sus lacras

La mayor plaga de la campaña la define la holgazanería de sus elementos trashumantes, que levantan su reducto en el rancharío sin nombre.

La apariencia primitiva de estos núcleos poblados, hace su mejor proceso. Ningún rasgo laborioso, culto, los destaca, por fuera, y menos por dentro. Allí acampa la incapacidad, la inercia, el embrutecimiento. Y si deficiente es su apático morador que, como observa don Juan Hiriart "se siente feliz durmiendo sobre sus pilchas, que constituyen, en muchos casos, su único patrimonio", mucho ayuda a desfiarlo la propia mujer, tan abandonada como su compañero, sin estímulos, sin ideal, también de voluntad quebrada o dormida.

Dicen Bosch del Marco Hnos.: "Las chinas, en general, son inútiles y haraganas, representando una sanguijuela que lleva al hombre al desánimo". Ella contribuye a rebajar al paisano, que antes era mejor, celoso de su deber y más digno.

También en este punto la opinión es concordante: la mujer de los rancharíos

vale tan poco como el varón y apura su desastre moral. ¿Cómo hablar de pequeños cultivos, de cuidar una huerta, a gentes en plena incuria, devoradas por la voluntaria miseria, que, como subraya don Ramón López Taladriz, "sólo viven para comer"?

Puestos en ese riel, padres e hijos, empiezan a caer, más y más hondo, rebotando en los escalones del vicio. De ese loco de infección social, salen todos los microbios del cuerpo y del espíritu. Ahí nace y prospera—en su caldo—el ratero, el sucio agente electoral, el gandul pronto a cualquier empresa inescrupulosa, el aplanador de caminos, el futuro delincuente.

La policía, cuando mala — caso común, — ahí instala su acción corruptora, protegiendo al malevo y hostilizando al hombre bueno, que se rinde, indefenso, a su capricho.

Fotografía el cuadro don Vicente Fernández: "Aún más, un vecino no puede decirle al comisario que fulano le robó un caballo, pues el comisario trata de sacar tajada en la denuncia. Si el ladrón es del mismo partido, le dice: "Mirá, ché, zutano me dijo que tú le robas; así que cuidate más y hacelo mejor". Y si es del otro partido, le dice: "Mirá, ché, zutano me denunció que tú le robas; así ya ves, en otra elección no votes con ellos, vota conmigo y no te hago nada".

La onda de dignificación campera tiene, pues, que soplar de todos los extremos. Estampa otra gran verdad don Generoso da Silva cuando afirma: "Hay que sacar

a los pobres de campaña del letargo en que viven".

Si se analiza a fondo su situación, siempre se arribará a idéntica certidumbre; perecen de necesidades, porque no quieren abandonar su insalubre cueva, porque el trabajo les repugna.

Don Manuel Lussich Nin describe con profundo acierto, el lamentoso espectáculo, y concluye: "No es posible suponer que ese malestar responda a otra causa sino a la falta de educación, y, por consiguiente, poco hábito de trabajo de nuestros pobladores, sabiendo que en cada centro de población hay centenares de brazos aptos para el esfuerzo, pero que, atraídos por el vicio, hombres y mujeres, viven de su usufructo y de la caridad pública, practicada sin contralor. Mientras tanto, nuestros establecimientos, tanto urbanos como rurales, y aún el mismo servicio doméstico, tienen absoluta falta de personal".

Coronando el juicio clínico, manifiesta la Asociación Rural del Durazno que "los verdaderos desamparados se encuentran en los suburbios de los pueblos, villas y ciudades. Es ahí donde se forman generaciones desvinculadas del trabajo, donde se encuentran las habitaciones anti-higiénicas, donde se cultiva y prospera la tuberculosis, en la promiscuidad de sexos en que viven, contaminados por la inmoralidad. Es en esa holgazanería donde nacen y prosperan los vicios, el alcoholismo y el juego"...

"Y lo más grave es que la inmoralidad y el vicio no quedan enclaustrados, sino

que de allí irradian y contaminan todo lo que con ellos tiene contacto; es en la montonera de ranchos formados estratégicamente donde el mismo obrero rural encuentra, muy a menudo, su ruina moral y física”.

Nuestros desinteresados colaboradores han dicho en la encuesta, mejor que nosotros y escrito en el pergamino de su experiencia, lo que nosotros pensamos y no sabríamos ciertamente exponer con igual prestigio y precisión.

Ningún reproche alcanza a la estancia por las llagas sociales motivo de los presentes comentarios; por lo contrario, a su frente ella alza valiente trinchera, su escuela de civilización. En lastimosa confusión se incurrir, pues, cuando se identifica al peón, emblema por la labor sana y honesta de todos los días, con el proletariado indefinible de las orillas, sin ley, sin deber ni señor.

La atención pública debe dirigirse a los rancharios, donde, heridas por perezas e ignorancias, se agotan las virtudes clásicas de nuestra campaña, donde muere, hasta la médula exprimido, el paisano viril de antaño, donde naufraga la raza!

El proyecta Victoria

Mientras el criollo continúe ajeno a los beneficios de la previsión, seguirá siendo lo que a menudo es: hoja suelta, traída y llevada por el viento.

Para arrancarle de su orgánica chatarra, es indispensable enseñarle el ahorro, a

pensar en el mañana. El hombre modesto que no reserva algo de su ganancia actual para afrontar lo venidero, para edificarlo, nunca llegará a ser nada.

El obrero de estancia puede economizar más sobre su salario que el obrero de ciudad. Pero no posee tan valioso hábito; desgraciadamente le falta la sólida voluntad, la larga paciencia, el milagrero tesón que esclarece el destino del emigrante, le abre senda y a la segura riqueza lo conduce.

Dicen Fernández y C., comentando esa desidia: “No conocen las Cajas de Ahorros; para su mayoría, la mejor caja es la taba”. Ratifica don Benjamín Menéndez: “Mientras no tengamos policía que prive el juego no habrá jornaleros capaces de comprar una chaera”.

El espectro de la adversidad no les preocupa, aunque tan a menudo se les cruza en el camino y los toca en el hombro. Por eso se ambula de estancia en estancia, sin hacer calor de nido en ninguna.

A ensayar la emienda se dirige el proyecto de don Alejandro Victorica, concretado en pocas palabras: al peón que en el curso del año economice una mensualidad, el patrón, al finalizarlo y como estímulo, agregará otra mensualidad.

Y bien, señores, ningún hacendado opone resistencia al hermoso ensayo. Todos están dispuestos a secundar la patriótica iniciativa, sin perjuicio de alentar pesimismo sobre la aptitud ahorrista del peón y de proponer emiendas de detalle, en su gran parte muy atendibles. Se cree

que el paisano no está pronto para practicarlo; que no es viable; que las libretas debe darlas el Banco de la República; que mucho costará enseñar al bracero a cumplirlo; que, para simplificar, sea el patrón quien guarde, a interés, los depósitos, que sea permitido retirarlos antes de cinco años; que se imponga su inversión adquisitiva; que será difícil convencer de su bien al propio interesado; que se deposite por intermedio de las Asociaciones Rurales; que sean los mismos peones quienes determinen la cuota; que mejor se dé un tanto por ciento anual sobre las ganancias líquidas; que es bueno para aplicarlos a los capataces; que como el peón no para, será irrealizable, etc.

Nadie combate en su esencia la idea; todos están dispuestos a servirla. Sólo brota el temor, muy comprensible, de que la imperfección espiritual del peón no esté a la altura del generoso propósito alentado. Incorregible andariego, sin asiento, su propio temperamento entorpece el benéfico afán, nacido precisamente para darle estabilidad.

Sólo hasta cierto punto compartimos esa duda, pues al presente son ya muchos los hacendados que han encarnado en realidad fecunda la proposición Victorica. Barreiro y Collares, Fitz Heber, Carlos Cash, José María Rodríguez Sosa, Alejandro Gallinal, Lino Silveira, Pedro Zuasnabar, Gualberto E. Ros, Juan y Fernando Berhouet, Carlos Ruperto Young, Francisco Donagaray, Antonio Amorós, Vicente Elordey (hijo), Fermín Iturregui, "La Concor-

dia", Antonio Camacho, Luis Trouleguy, Roberto Stirling, Aniceto Patrón, Alejandro González Barbot, Froilán Uhalde, Antonio Magallanes, José C. Freitas, Antonio Nin y Silva y José Elorza (hijo), es decir, las estancias que, como dice el último citado, tienen de modernas algo más que la fachada, practican con éxito la idealidad ahora aconsejada, desde esta alta tribuna y en nombre de la Federación Rural, a los hacendados del país entero.

Nuestro presidente sólo quiso remover el terreno, prepararlo para la noble reforma. En consecuencia, mal pudo resumir en pocas líneas un importante tema de legislación social que requiere cuidadoso estudio para que en los hechos no se malogren los resultados deseados.

Es por eso necesario fijar un plazo razonable de acumulación; quitar pretextos al patrón para eludir su compromiso; establecer que el provecho sólo lo obtendrá el peón que se adapte a ciertas condiciones prudentes de estabilidad, y dar, además, carácter obligatorio a este régimen.

Como regla general, no creemos excesivamente en la eficiencia de las leyes escritas y preferimos que las costumbres, con su sabia lentitud, las vayan creando, vaciándolas en su poderoso molde; pero hay circunstancias de excepción que exigen empuje compulsorio a las reformas sociales, expuestas, de lo contrario, a perecer. Tal el caso ocurrente.

Entregado a su albedrío, el jornalero de campo nada ahorrará. Hay, pues, que enseñarle lo que no sabe; abrir ruta a un

sentimiento nuevo; romper, a martillo, las costras que lo sofocan.

Al efecto, y como exponente típico de la psicología campera, recuérdese que hizo más por la inscripción cívica que todas las propagandas, aquel artífice ingenuo, jamás aplicado, que penaba con multa la no inscripción.

Refiriendo a sus subalternos, dice don Florencio Martínez Rodríguez: "Les he ofrecido darles participación en las utilidades y no lo comprenden"... "En veinte años solo he conseguido de tres peones que reunan unos 200 o 300 pesos de economías...!"

El distinguido rural don Pedro Lapeyre acaba de estudiar, con marcada competencia, el problema agrario, y, como nosotros, lo declara complejo. La Comisión Nacional de Fomento ha hecho suyo ese meditado informe, a muchas de cuyas conclusiones adherimos complacidos.

Para favorecer la condición económica del peón, propone el seguro que, para ser eficaz y a plazo breve, exige una prima mensual muy fuerte, que gravitará en exclusivo, y con bastante injusticia, sobre el estanciero, recién recargado con el servicio de las pensiones a la vejez, por lo demás, muy plausibles.

Mucho espacio demandaría la dilucidación del punto; alinear las razones que prestigian uno u otro criterio. En vez del seguro, de cuota pesada, sólo servido por una parte a favor de la otra, nosotros proponemos el ahorro, adobado con la elaboración equitativa del obrero y su patrón.

Esta bandera flamea más alto que aquella, bastando recordar que las bondades prodigiosas del ahorro estriban, sobre todo, en los difundidos estímulos morales que su ejercicio despierta en el alma de quien lo ejercita, sea hombre, niño o mujer, enamorado la obra, el creciente haber, el metódico sacrificio, a gusto sufrido, que pone a prueba la energía sana de cada uno, su voluntad, haciéndola cada vez más recia.

Por el seguro se prepararía al jornalero un pequeño capital, caído del cielo, fruto de un excesivo gravamen, impuesto sólo al patrón, sin que el favorecido concorra con un átomo de interés, de esfuerzo, al acrecentamiento de ese caudal.

La diferencia es manifiesta. ¿De qué serviría premiar con un quinto de lotería al pródigo, al manirroto, al irreflexivo, que nunca supo juntar, por el ahorro, un peso con otro? Apenas reciba el montón regalado, lo dilapidará.

Lo que la Federación procura es fundar el provecho legítimo y firme del trabajador rural, enseñándole, a la vez, a ser lo que ahora no es, a practicar la previsión, a olvidarse de la taba y el monte. Por el ahorro, ensaya arrancarlo del nirvana en que espiritualmente vegeta; alzar su nivel moral, redimirlo.

Constante nuestra institución en ese propósito, acaba de conseguir del Banco de la República, por moción del señor Bernardo Rospide, que se pague el 6 % por los pequeños depósitos rurales.

¿Qué idea se le ocurre?

Abrimos esta interrogación en la encuesta, a fin de que la opinión rural, sincera y espontánea, la cerrase.

Porque existe positivo interés en saber cuáles son las medicinas aconsejadas por quienes, sobre el terreno, siguen día a día el desarrollo de nuestra personalidad campera y conocen a fondo sus deficiencias.

Nos falta espacio, ¡tanto llevamos ya escrito! para examinar esa nutrida serie de juicios. La generalidad proponen el regalo de un mes de sueldo por año al personal; muchos la jubilación de los antiguos empleados que, por lo demás, ya tiene arraigo; todos claman contra el juego; otros, piden que se prohíba el porte de armas; que se aumenten los salarios por tiempo y escala ascendente, hasta cierto límite; que se incite al ahorro; que se desarrolle la agricultura, pero no por decreto, como extravagantemente acaba de proponerse al parlamento, que desaparezca el comisario coimero; que se reprima la vagancia; que se abaraten los artículos de primera necesidad; que se mande a los haraganes a cortar abrojos; que se construyan más carreteras, a fin emplear a los desocupados; que se eduque, creando muchas escuelas; que se vulgaree la práctica de dar certificados de conducta; que se fomente el football y otros ejercicios atléticos; que se habilite a los empleados de valer; que se dignifique de todos modos al criollo; que se proteja a la industria lechera, cría de

aves, porcinos, etc., y fabricación de quesos; que se combata intensamente la sífilis y la tuberculosis; que se luche, sin descanso, contra el analfabetismo; que se obligue a mandar los niños a la escuela; que se estimule a trabajar; que se enseñe a vivir mejor, a formar hogar; que se regularice el estado civil de las parejas; que se fomen praderas artificiales, ensanchándose el campo de la labor; que se forme así el peón del porvenir; que se haga obligatoria la venta de carne a los pobres en los establecimientos; que se obstaculice el rancharío; que se enseñen artes manuales a la mujer rural; que se funden talleres de oficios; que se eleve la suerte de las peonadas; que haya más desprendimiento por parte de los muy adinerados; que se fomente el pequeño cultivo; que se incorpore la huerta a la familia; que se enseñe el amor al árbol; que se premie la plantación por los humildes; que se incite a los médicos a salir a la campaña; que se establezcan dispensarios gratuitos para combatir la sífilis; que se supriman los boliches; que se provoque un congreso de rurales, motivado por el problema social; que se ponga un arado en cada rancho; que los hijos del país se lancen, con fe, al trabajo; que los que malgastan el tiempo en pasear lo empleen en trabajar; que se confíe más en el yo; que haya más vergüenza. . . . ¡Para todos los gustos!

Todas esas nobilísimas aspiraciones las resume en una frase de hermosa espontaneidad, don Manuel Núñez: A nuestra pregunta, ¿qué idea se le ocurre para mejorar

la suerte de las clases pobres en campaña?, contesta, con fraganciosa sinceridad y sentir humano: “¡Tener corazón, señor!” La suprema palabra será siempre la del sentimiento!

Una opinión muy autorizada

Don Emilio Frers, argentino bajo todos conceptos representativos, ex ministro de agricultura, se cuenta entre los asociados de la Federación, que estima como un positivo honor esa adhesión, tan caballeresca y espontánea.

Posee el señor Frers especial autoridad en materia agraria y ha tenido la deferencia de contestar nuestra encuesta, poniendo un paréntesis a sus absorbentes tareas. Vale, pues, la pena oírle, por ser suya la opinión y también por reflejar el juicio que los temas aquí estudiados provocan en la Argentina, cuyos fenómenos sociológicos son muy semejantes a los nuestros.

Abona el señor Frers, en su establecimiento, sueldos que median entre treinta y doscientos pesos moneda papel, pagando de uno a cuatro por el jornal diario, con casa y comida. En la vecina república la alimentación se ha encarecido tal vez más que en la nuestra, durante los últimos veinte años: 50 % la yerba. 70 % el azúcar, 116 % el arroz y 200 % la carne.

Respecto al peón y su vivienda, dice el experimentado estanciero: “En general vive más feliz, porque ambiciona menos. Como habitación, el rancho con techo de paja puede ser excelente, es la más segu-

ra, la más abrigada en invierno y la más fresca en verano. Puede ser un “palacete” o una pocilga. Por regla general, no es lo primero, y, sin ser lo segundo, es casi siempre muy deficiente la vivienda del peón rural”.

Ratifica el párrafo antecedente la opinión mesurada y sensata de nuestros camperos; estoy seguro.

Considera el deponente “bajísimos los salarios en relación a la enorme carestía del vestido y alimento”. Cree que “hay necesidad de aumentarlos y dar participación al obrero en las utilidades”. También entiende que es de la mayor urgencia educar a los criollos.

Reclama, con patriótica elocuencia: “Darles escuelas, muchas escuelas. Pero escuelas de ruralismo y no de urbanismo. Dignificarlos; elevar su mente y más aún su carácter. En estos países nunca hubo aristocracia de sangre: el viejo paisano era el igual del patrón, sólo que era pobre; y era su amigo. Ahora, ha sido sustituido por un tipo *sui generis* de compadrito, que no se siente igual al patrón y es su enemigo. Hay que restablecer la armonía; o hay que bajar a los patronos, o hay que levantar a los peones. Esto último es más propio de los tiempos actuales y más digno de la humanidad”.

Conceptos de notable justeza que reproducimos, como quien arroja buena semilla. Declara en seguida el señor Frers que en su personal el 60 % es analfabeto. ¡Ni mejor, ni peor, que nosotros! Funciona una escuela en la estancia, que la costea,

pagando el maestro, el gobierno de la provincia.

Manifiesta, además, que "siempre ha procurado dar participación en las utilidades al mayor número posible de empleados y obreros rurales", fijándoles, al efecto, un interés prudencial sobre los beneficios. Para redondear la impresión, advertiremos que se trata de un establecimiento que en 1882 contaba en sus rodeos 35,000 vaquunos.

"Me parece excelente, agrega el distinguido colaborador, el proyecto Victorica; pienso que como sistema de ahorro es digno del mayor aplauso y que conviene mucho su ensayo".

Por dos pesa, señores, esta opinión rioplatense, que con complacencia destacamos y para la que pedimos el cordial saludo del Congreso, expresión la más sentida de nuestro agradecimiento.

Agricultura a palos

A menudo se oye repetir que no siendo la ganadería, por su índole, pobladora, es indispensable fomentar el desarrollo de la agricultura, a fin de ensanchar el escenario del trabajo rural.

Nadie discutirá la verdad de aquel extremo, ni el carácter simpático de esta aspiración, porque el cuidado de los rodeos ocupa muy poco personal, mientras los cultivos multiplican la demanda de brazos.

Si automáticamente y prescindiendo de las circunstancias ambientes, pudiera realizarse la transformación suspirada; si ella

estuviera dentro de lo posible, no creemos que un solo sufragio repudiaría el milagro y el advenimiento de sus ingentes beneficios. Pero, ¿acaso cabe el arraigo fulminante de ese ensueño, a no ser con la intervención de Aladino y de su lámpara maravillosa?

Desgraciadamente, nó. Ni nuestra tierra, ni nuestro régimen de lluvias, ni nuestra topografía, se prestan al incremento, en escala, de la agricultura. Todas las colonias oficiales fundadas para practicarlo, y aún casi todas las privadas, han concluído por la ruina de sus entusiastas iniciadores. Más aún: todos los beneméritos compatriotas, animosamente lanzados al ensayo agrícola, han sido devorados por sucesivos e incontenibles déficits. Por ese camino ninguno alcanzó prosperidades y, sí, amargos desencantos.

Si nuestro país se prestara a las victorias fáciles del arado, ya veríamos su territorio parcelado en chaeras y cubierto por un mar de espigas, como ocurre en la provincia de Buenos Aires.

De ninguna ley compulsiva se ha necesitado allí para citar en sus llanuras, prodigas hoy, a las inmigraciones y provocar el vértigo de la siembra.

En 1852 era esa campaña más desolada que la nuestra. Así la describe el general César Díaz, en sus memorias militares: "La triste monotonía, su naturaleza inculta y primitiva, la ausencia total de todo ser viviente en sus regiones solitarias, la altura, la fuerza y la uniformidad del pasto, único producto de su vegetación es-

pontánea, eran otros tantos objetos de contemplación que embargaban nuestros sentidos”.

Agrega: “El agua era cada vez más escasa, y la poca que se encontraba era impotable: sólo podía servir para las bestias. Para dar de beber a la gente, era necesario hacer excavaciones, más o menos profundas, según lo requiera la mayor o menor altura del terreno; y esta operación se practicaba en todos los vivacues.”

Nuestras comarcas, rientes y quebradas, con un hilo de agua al pie de cada enchilla, jamás han ofrecido semejante espectáculo de aridez; sin embargo, ellas no brindan a la agricultura los favores excepcionales que otorgan, sin tasa, a la ganadería.

Es que nuestro suelo, por su misma variedad y declive, no recoge las aguas pluviales, siendo de difícil envase y empleo en la actualidad la de los arroyos. En cuanto al subsuelo, tampoco retiene las lluvias, al revés de lo que sucede con la pampa argentina, cien veces fecunda porque a dos metros, infaliblemente, se sorprende el deseado borbollón. En cambio, entre nosotros, es caso común llevar las perforaciones hasta treinta y más metros sin dar con la napa.

Nuestra agricultura, en grande, sólo podría contar con el agua que cae del cielo, poco segura y, a menudo, demasiado demorada. Su ausencia, apenas se acentúa, pone en irremediable peligro a las cosechas. En tan precarias condiciones, la empresa no entusiasma.

Así se explica que nuestro país, pagándola muy cara, importe alfalfa argentina, cuando no trigo y maíz. Hasta la fruta se trae en cantidad del extranjero.

En Chile y en Mendoza hemos visto, con asombro, la eficacia de la acequia y de su riego minucioso. A cada planta o tablón llega, por vertientes artificiales, sabia y pacientemente dispuestas, abundante socorro de agua; y como este servicio público está perfectamente reglamentado y los Andes reservan un depósito eterno de hielos, que el sol de verano funde y precipita por ríos inagotables, jamás falta el beso de la linfa generosa a las huertas cordilleranas, que estallan en opimos viñedos, frutales y campos en flor.

Allá casi nunca llueve, pero la montaña pródiga suple, con gran ventaja, a las nubes inconstantes.

Absurdo, tanto mayor cuanto más sin cero, creer que mediante leyes de apremio, que más merecen el nombre de leyes de extorsión, se hará de nuestra campaña un reino de trigales. Concibamos el extravío de quien se obstinase en estimular aquí el desarrollo de especies que no resisten nuestro clima; de hacer obligatoria, por ejemplo, la cría de las cabras chilenas y alpacos del Perú, a título de dar aquéllas, a la vez que lana, fuerte leche, y de ser el vellón de éstas muy superior al ovino.

Para imponer la agricultura, amenazan los legisladores noveles, enterados, por simple referencia, de la campaña y sus hondos problemas, con aumentar la contribución inmobiliaria hasta cifras de castigo.

¡Efímero empeño! Nuestro país es esencialmente ganadero y seguirá siéndolo, a menos que se modifique, también por decreto, si es dado, su naturaleza geográfica.

Sin necesidad de intimidaciones legales, rápidamente se arbolan nuestros campos, desdoblándose los paisajes; sin necesidad de otros estímulos que los muy poderosos y legítimos derivados de la valorización de las carnes, remonta victoriosa la mestización, a extremo de ser ya raro el ganado criollo; sin necesidad de sanciones parlamentarias, también crecen los cultivos, pero los pequeños, los intensivos, los empalmados a la estancia, a su economía, complementándola: la chacra, la huerta, la quinta, los avenales.

La formación de praderas artificiales es factible y deseable entre nosotros, como que la ordena la elemental previsión. Cada día será más indispensable, dada la riqueza representada por los rebaños, preparar potreros, con pastos de siembra, para esperar, sin sobresalto, las contingencias de la seca, de la langosta o de la mala estación y, además, para mejorar los cogordes.

También, en este concepto, el país avanza decididamente, y sólo el fácil y vacío teoricismo puede pretender forzar una evolución fecunda, ya en rápido ascenso, dentro de sus límites racionales.

La ganadería nacional, en cierto modo, deberá hacerse más y más intensiva y reclamará, en el futuro, mayor número de brazos, siendo de desear que la chacra y el avenal completen su hermosa fisonomía.

Conclusiones

Larga ha sido la jornada y mucha la paciencia de quienes con su indulgente atención en ella nos han acompañado, sufriendo fatiga por nosotros.

Noble el tema, que empalma con los intereses más fundamentales de la nación, y tan fructuosa nuestra encuesta, aunque tengamos el horror de la monotonía, nos ha sido imposible desarrollar brevemente el uno y recorrer, en pocas palabras, la rica documentación de la otra.

El porvenir de la república se cifra en la campaña ubérrima que en el trabajo adoba nuestra personalidad con la misma férrea voluntad con que antes forjara nuestras libertades, con carabina a la espalda y sable en mano!

Sus problemas, muy complejos, los irá resolviendo, despacio, el tiempo.

Las razas, como los vinos, piden años y reposo para madurar. Como son los nuestros conflictos de civilización, en el ascenso culto irán encontrando ellos legítimo desenlace.

El mejoramiento del país y de sus clases modestas no es patrimonio de ningún partido, aunque suelen creerlo, jactanciosamente, algunos dirigentes. Se pretende el monopolio, con vertientes electorales, de asuntos hondos, difíciles, que a todos atañen y que todos, en la cordialidad y la buena fe, queremos resolver y resolveremos con desinterés y cordura; es decir, recogiendo el esfuerzo benemérito y ya sedimentado de nuestros mayores tratamos de

ensancharlo para entregarlo, a nuestra vez, acrecido su caudal, a la generación, más dichosa, que nos sucederá en la fuerte brega.

La Federación Rural, que no es partido político, que nunca lo será, que se limita a ser divisa de un gran gremio organizado, ensaya cumplir su lote de deber, allegado con alta y honesta energía. Interviene en el debate agrario para prestigiar ideas equitativas y justas, abundando en el sano consejo y ajena al odioso imperio de los gestos ásperos.

Ni la intimidación, ni leyes agresivas, darán el anhelado fruto de bien público que se persigue; si acaso, vendrán a esterilizar hermosos propósitos que ya fermentan su vitalidad en el surco, sin esperar el aceite de la ruidosa y declamatoria y jacobina propaganda en fáeil boga.

Se pretende llevar el contagio de las verbas socializantes al espíritu del paisano; romper, a pedradas, la quietud de su alma, serena como un lago. Envenenarlo se quiere con demencias ácratas, volviéndolo airado contra el estanciero, que siempre fué su providencia, y contra la estancia, puntal de la propia vida y también de la nacionalidad en marcha.

Flor de la tierra es el criollo; braceros fueron, hace rato, los propietarios del presente y propietarios van siendo ya los braceros de ayer.

Creo la Federación que todos debemos colaborar asiduamente en el empeño de servir a la campaña, de apurar su evolución, de mejorar la suerte de sus hijos hu-

mildes a los que, en más de un concepto, hay que arrancar de la desidia. En su nombre, pues, condense el pensamiento del presente informe en las siguientes cláusulas patrióticas:

1.º El congreso de Tacuarembó se complace en reiterar la adhesión de los rurales a la acción oficial y privada dirigida a combatir intensamente el alcoholismo, la tuberculosis y la sífilis, e incita a todos los ciudadanos vinculados con la campaña a concurrir eficazmente a su mayor éxito.

2.º También incita a los poderes públicos a redoblar la lucha contra el analfabetismo y llama la atención de los estancieros de caudal sobre la obligación social y moral en que están de crear y mantener escuelas de primeras letras en sus establecimientos, sin pedir la ayuda del Estado.

3.º Manifiesta que sería deseable que se pagara mejor al personal de las policías, a fin de prestigiarlas ante los vecindarios y de dar más eficiencias a la represión del juego.

4.º Encarece a los gobiernos municipales la adopción, con respecto a los rancheiros, de medidas reglamentarias que, sin lesionar derechos respetables, mejoren su higiene, depuren su ambiente social y afirmen su moralidad.

5.º Aunque entiende que los jornales suben con rapidez, automáticamente con la carestía de la vida, y por ser muy superior la demanda a la oferta de brazos en el campo, estimula a los estancieros, que no lo hayan hecho ya, a mejorar los sala-

rios de sus empleados en armonía con las exigencias económicas de la actualidad, cada vez más premiosas.

6.º Declara, finalmente, que hace suyos los fundamentos del proyecto Victorica, sobre ahorro agrario, servido por peones y patrones, pues considera que sólo por el esfuerzo metódico y perseverante labrarán aquéllos su felicidad.

